mi corazón aun permanece cubierto de densas y espantosas tinieblas. Para mí nunca sale el sol: las horas todas se pasan en igual obscuridad para mí. Cuantos objetos veo en lo que llaman día, son á mi vista fantasmas, visiones y sombras cuando menos..... algunos son furias infernales. Razón tienes: podrán sorprendernos Esconde ese pico y ese azadón, no me faltes mañana á la misma hora, y en el propio puesto. Tendrás menos miedo, menos tiempo se perderá: vete, te voy siguiendo.

¡ Objeto antiguo de mis delicias!; hoy objeto de horror para cuantos te ven! ¡ Montón de huesos asquerosos... en otros tiempos conjunto de gracias!; Oh tú, abora imagen de lo que yo seré en breve! Pronto volveré á mi casa, descansarás en un lecho junto al mío; morirá mi cuerpo junto á ti, cadáver adorado, y expirando, incendiaré mi domicilio, y tú y yo nos volveremos ceniza en medio de las de la casa.

CADALSO, Noches higubres.

LOS HÉROES DE BARLETA.

La estación de Barleta será para siempre memorable como un ejemplar de paciencia, de destreza y de heroísmo. Tales parecen en la fábula y en la historia el sitio de Troya, ó la circunvalación de Capua. Los duelos singulares y de pocas personas, la cortesía caballeresca con que se trataban los prisioneros, la jactancia y billetes de los Generales, todo da á esta época un aire de tiempo heroico, que ocupa agradablemente la imaginación.

El duque de Nemours, confiado en la superioridad de sus fuerzas, pensaba hostigar continuamente á los nuestros; y el hostigado era él mismo, teniendo que sufrir el desabrimiento de ver á los suyos casi siempre inferiores en las escaramuzas y reencuentros parciales que tenían, ya sobre forrajes y mantenimientos, y sobre la posesión de los pueblos inmediatos á Barleta. Pero lo que más alentó los

ánimos de los nuestros, y abajó á los franceses, fueron los des célebres desafíos que sucedieron entonces. El primero fué entre españoles y franceses. Confesaban los enemigos que el español les era igual en la pelea de á pie, pero decian al mismo tiempo que era muy inferior á caballo; negábanlo los españoles y decían que en una y otra lucha llevaban ventaja á sus contrarios, como se estaba experimentando en los encuentros que diariamente ocurrían. Vino la altercación á parar en que los franceses enviaron un mensaje á Barleta proponiendo, que si once hombres de armas españoles querían hacer campo con otros tantos de los suyos, ellos estaban prestos á manifestar al mundo cuán superiores les eran. El mensaje vino un lunes diez y nueve de Septiembre, y el desafío se aplazaba para el día siguiente, con la condición de que los rendidos habían de quedar prisioneros. Aceptóse el duelo al punto : diéronse rehenes de una y otra parte para la seguridad del campo, y el puesto se señaló en un sitio junto á Arani, á mitad del camino entre Barleta y Viselo. Escogiéronse de los nuestros once campeones entre los cuales el más célebre era Diego García de Paredes, que á pesar de tres heridas que tenía en la cabeza, quiso asistir á aquella honrosa contienda. Diéronseles las mejores armas, los mejores caballos: nombróseles por padrino á Próspero Colonna, la segunda persona del ejército; y ya que estuvieron aderezados, el Gran Capitán hízolos venir ante sí, y delante de los principales caudillos les dijo: « que no pudiendo dudar de la justicia de su causa, de cuán buenos y esforzados caballeros eran, debían esperar con certeza la victoria: que se acordasen que la gloria y la reputación militar, no sólo de ellos mismos, sino la del ejército, la de la nación, y la de sus Príncipes, dependía de aquel conflicto, y por tanto peleasen como buenos, y se avudasen unos á otros, llevando el propósito de morir, antes que volver sin gloria de la batalla. »

Todos lo juraron animosamente, y á la hora señalada salieron, acompañado cada uno de los pajes, al lugar

del desafío. Llegaron antes que sus contrarios, y juego que estuvieron al frente unos de otros, los padrinos les dividieron el sol, y las trompetas dieron la señal del combate. Arremetieron furiosamente, y del primer encuentro, los nuestros derribaron cuatro franceses, matándoles los caballos: al segundo los enemigos derribaron uno de los españoles, que cavendo entre los cuatro franceses que estaban á pie, y asaltado de todos ellos á un tiempo, le fué forzoso rendirse. À este punto un español mató á un francés de una estocada, y otro rindió á su contrario. Los dos que se habían rendido de una parte y otra, se separaron fuera de la lid; cavó otro francés del caballo, y por matarle ó rendirle, todos los españoles cargaron sobre él, y todos los franceses arrebatadamente, fueron á defeaderle. Herianse de todos modos con las hachas, con los estoques, con las dagas : la sangre les corría por entre las armas, y el campo se les cubría con los pedazos de acero, que la violencia de los golpes hacía saltar en la tierra. Estremecíanse los circunstantes, y esperaban dudosos el éxito de una lucha que tan tenazmente se sostenía. En esta tercera refriega los españoles mataron cinco caballos de sus enemigos, y éstos, dos de los nuestros. Quedaban siete franceses á pie y dos á caballo, mientras que los españoles, siendo ocho á caballo y dos á pie, parecía que nada les quedaba va, sino echarse sobre sus adversarios para ganar la victoria. Acometieron, pues, á concluir la batalla; mas los franceses, atrincherándose entre los caballos muertos flanqueados de sus dos hombres de armas que les quedaban montados, y asiendo de las lanzas que había por el suelo, esperaron á sus contrarios, cuyos caballos, espantados á la vista de los cadáveres, se resistían á sus jinetes, v se negaban á entrar. Varias veces embistieron, y otras tantas tuvieron que retroceder: entonces García de Paredes á voces les decía, que se apeasen, y acometiesen á pie, que él no podía hacerlo por las heridas que tenía en la cabeza; al mismo tiempo arremetió con su caballo á aportillar la

trinchera, y sólo por gran rato estuvo haciendo guerra á sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Mientras él peleaba así, los franceses movían partido y confesaban que habían errado en decir que los españoles no eran tan diestros caballeros como ellos, y que así podían salir todos como buenos del campo. A los más de los nuestros parecía bien este partido, mas Paredes no admitía ningún concierto: decía á sus compañeros que de ningún modo cumplían con su honra, sino rindiendo á aquellos hombres, ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictamen, herido como estaba, perdida la espada de la mano, y no teniendo á punto otras armas, se volvió á las piedras con las que se había señalado el término del campo, y empezó á lanzarlas contra los franceses. Parece, al leer esto, que se ven las luchas de los héroes en Homero y Virgilio, cuando rotas las lanzas y espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras, que el esfuerzo de muchos no podía mover de su sitio. Apeáronse en fin los españoles; los franceses, viéndolos venir, volvieron á ofrecer el partido que la cosa quedase así, y ellos saliesen del campo, quedándose en él los nuestros, y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Había durado la batalla más de cinco horas; la noche era entrada, v Próspero Colonna aconsejó á los españoles que su honor quedaba en todo su punto, aceptando este partido. Hiciéronlo así, canjeáronse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo, los nuestros el de Barleta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles más esfuerzo, y los franceses más constancia. Entre éstos se señaló mucho el célebre Bayard, á quien se llamaba el caballero sin miedo y sin tacha: entre los nuestros los que más bien pelearon fueron Paredes, y Diego de Vera.

Sin embargo del honor adquirido por los españoles, el

Gran Capitán Quintana quedó mal enojado del éxito de la batalla, y se dice que quiso castigar á los combatientes, porque habiendo tenido esfuerzo para hacerse superiores en ella, no habían tenido constancia y saber para completar el triunfo y rendir á sus contrarios. Es notable aquí el honrado proceder de Paredes: él había reñido en la lid á sus compañeros por el concierto que hacían: él fué quien los defendió delante de su general diciendo, que pues sus contrarios confesaron el error en que estaban respecto de los españoles, no había para qué tener en poco lo que se había hecho, porque al fin, los franceses eran tan buenos caballeros como ellos. « Por mejores los envié yo al campo, » respondió Gonzalo, y puso fin á la contestación.

QUINTANA, Vida del Gran Capitán.

DISCURSO PRELIMINAR.

QUISIÉRAMOS evitar los dos escollos que naturalmente presenta el asunto que nos proponemos tratar en este discurso.

Montesquieu, hablando de nuestra literatura, ha dicho:

« que no tenemos más que un libro bueno, que es el que
ridiculiza á todos los demás, » al paso que por otra parte
más de uno de nuestros apologistas asegura que Roma,
París, y Londres nada tienen que oponernos que pueda
competir con el mérito y las obras de nuestros grandes
hombres. Estamos muy distantes de aprobar esta parcialidad y jactancia, que no puede justificarse por ninguna
especie de provocación, y condenamos la conducta de estos
aduladores de las naciones, cuyo grito frenético no puede
servir sino para probar la pasión que les hace hablar,
desacreditar la causa misma que sostienen, y lo que es
peor, perpetuar los males de la nación que creen ó afectan
defender; añadiendo así á la ignorancia, de suyo dócil, el
error que la hace presuntuosa é incorregible. Cuando no

pudiera haber un medio justo entre los dos extremos, preseririamos un lenguaje que pone en movimiento, irritando por la injuria, á un lenguaje que adormece y mata inspirando esa inercia en que consiste la verdadera muerte de las naciones: mas por fortuna este medio existe, y á pesar del respeto que se debe al nombre de un Montesquieu, no podemos menos de decir, que en esta acusación pareció desconocerle, y cayó en aquel defecto tan resbaladizo y á que tanto propenden los que manejan el arma terrible de la ironía. Aun en las manos de un Montesquieu, que generalmente la hizo servir al triunfo de la verdad y la razón, no podía menos de descubrir una que otra vez su índole maligna y peligrosa. Erigido y mirado Montesquieu, y justamente, como uno de los oráculos más respetables del saber humano, sobre su aserción equivocada se consolidó, por decirlo así, el descrédito de nuestra literatura, y como cuesta menos trabajo censurar y despreciar, que estudiar, podía parecer excusable, y aun tal vez honroso, equivocarse sobre la autoridad de un hombre tan grande; á excepción de un pequeño número de hombres á quienes su vasta crudición puso á cubierto de la injusticia general, quedó establecido y sentado por verdad inconcusa, que la España no ha producido más hombre que Cervantes, ni más libro que el Quijote. Sin embargo, es bien cierto que se engaña mucho el que cree conocer nuestra literatura, el día que lee este rasgo satírico á que parece reducirla Montesquieu, pecando por esta vez contra todas las reglas de verisimilitud y probabilidad, y aun incidiendo en una contradicción palpable. Tan cierto es que no podemos ser injustos sino por un vicio de lógica. Con efecto, era muy difícil que el Quijote tuviese un mérito tan eminente como el que se le confiesa, sin que hubiesen precedido á Cervantes muchos hombres; y últimamente, no puede ser haber leído el Quijote, y desconocer la existencia de otros libros. ¡ Qué maligna estrella parece presidir á la suerte de nuestra nación! ¿ Por qué aciaga casualidad tiene que quejarse de la injusticia de un hombre, á

quien debe sus triunfos más distinguidos la justicia eterna de los derechos de todos los hombres, y de todas las naciones?

Después de haber hablado de Montesquieu, no citaremos á ninguno de los otros escritores extranjeros que han tratado nuestra literatura con un desprecio injusto. Si hemos hablado de éste, es por lo que hemos creído deberse á la influencia y prestigio de su nombre, y particularmente porque el respeto que nos inspira, conciliándose con nuestros principios, nos reducía sin violencia á la agradable necesidad de no traspasar los límites justos de la queja, y aun de dulcificarla por cuantos medios podía sugerirnos la deuda de la admiración y del reconocimiento.

En cuanto á nosotros, confesando francamente que no podemos oponer á la Italia un Taso, ni á la Francia un Racine, no dudamos tampoco afirmar « que España, que por tantos títulos, y de una manera muy digna, pertenece á la historia de la literatura antigua desde que el estado de la civilización en el Occidente permitió que hubiese en esta parte de la Europa una literatura, merece también ocupar un lugar apreciable y distinguido entre las naciones que figuran en la moderna literatura europea.

P. MENDIBIL, Bibliot, select.

EL SEÑOR BENÉFICO.

¡ Que no pudiera yo trasladaros de repente en medio de sus estados, donde se os presentase á cada paso un testimonio de su caridad, donde resonasen continuamente en vuestros oídos las alabanzas de su beneficencia! Bienhechor le aclaman los ancianos y los niños, bienhechor las hijas y las madres, bienhechor las esposas y las doncellas: los campos y las poblaciones, los templos, los edificios públicos y particulares, todo está sembrado de sus beneficios, y por todas partes suben sin cesar al cielo sus bendiciones. Venid,

señores, venid conmigo, llegad á aquellos robustos labradores, que tal vez oyeron á sus padres hablar de tiempos en que el atraso de un día les ocasionaban un año de miseria, y en una mala cosecha lloraban la entera perdición de su desgraciada familia: llegad, nombradles al Marqués de Santa Cruz, y os contarán que desde que entró á gobernar sus pueblos, se acabaron para ellos los males temporales y los temores. Si alguna calamidad los imposibilitaba para pagarle sus rentas, no por eso desmayaban, porque su compasivo señor se cargaba con sus calamidades, perdonándoles sus atrasos. Si carecían de granos que afianzasen en la siembra la esperanza del año, los graneros del Marqués estaban abiertos á todas horas, y eran el tesoro de los pobres y el remedio de los necesitados. ¿ Les arruinaban las lluvias ó el peso de los años aquellas habitaciones frágiles y toscas, pero respetables por la inocencia de sus dueños? al instante se aparecía la mano del Marqués, y se las reparaba, ó les edificaba otras nuevas. ¿ Se les moria alguno de aquellos pacíficos animales que, partiendo con el hombre los trabajos y las labores, le ayudan á ganar su sustento? al punto acudía el Marqués de Santa Cruz, y dándoles otros en lugar de los perdidos, enjugaba sus lágrimas, y con la salud de una familia conservaba la esperanza de muchas generaciones. Hasta las enfermedades se quebrantaban en el escudo de su beneficencia, perdiendo las amarguras de ánimo con que afligen á los que se hallan imposibilitados para mantener la menesterosa familia que rodea su lecho doloroso. El Marqués franqueaba todos los medicamentos, ocurría constantemente á todas las necesidades, desterraba todos los temores, y sólo tenían que atender los enfermos á recobrar la salud, y á prolongar con su vida su agradecimiento. Pero si la muerte, triunfando de todos los remedios y cuidados, arrabataba por fin su víctima: si las esposas lloraban el desamparo de la viudez en medio de los huerfanitos, que asidos de las maternales ropas, se cubrían con ellas los rostros y las bañaban con sus lágrimas

desvalidas... Llorad corazones justamente angustiados, llorad objetos dignos de toda la compasión de los hombres, llorad amargamente la pesadumbre de una pérdida irreparable. No : jamás, en toda la vida se reparan las pérdidas de un amor verdadero, ni hay poder en toda la tierra que nos restituya el esposo querido, el padre tierno, que una vez llegaron á trasponer la funesta losa del sepulcro. Llorad la falta de vuestro cariño, pero no la de vuestra fortuna; porque en tanto que dure el Marqués de Santa Cruz, no carecerán de amparo las viudas, ni de sombra paternal los huérfanos. Llevadlos, madres solícitas, llevadlos á esas escuelas, á esos templos de educación erigidos por vuestro señor en cada una de las villas del marquesado para desterrar con la ignorancia, la ociosidad y los vicios, que nacen del abandono de la niñez. Allí aprenderán los niños los conocimientos indispensables á todos los hombres, y las virtudes constitutivas de los buenos ciudadanos; y las niñas, instruyéndose en las labores y virtudes propias de su sexo, se dispondrán para ser algún día honor de sus padres, delicias de sus esposos, y felicidad de sus hijos. Y si la emulación es la que ha de animarlos al trabajo, y despertar en sus ánimos la noble ambición de aventajarse en el bien, el Marqués ha establecido premios anuales de vestidos completos para aquellos que, venciendo en pública palestra á sus competidores, se manifiesten dignos del laurel de la victoria. ¡ Qué esfuerzos de aplicación no harán estos atletas para merecer el honor del triunfo! ; cuántos adelantamientos producirá esta competencia generosa! ¡ y cuánta gloria recogerán los vencedores para sí mismos y para todos sus deudos! Toda la familia se junta después de la lid en casa de los premiados, y sentada alrededor de ellos, los admira embebecida, en tanto que su madre cuenta orgullosamente las hazañas de sus hijos en medio de las aclamaciones de aquellos sencillos oventes. Se miran atónitos, los afectos crecen, pasan rápidamente de unos á otros, la imaginación se inflama, se enajenan los ánimos, y entre las

lágrimas involuntarias que derraman todos, levántase de repente un anciano respetable por sus canas, el abuelo del laureado, y estrechándole en sus trémulos brazos, le presenta á la asamblea, vaticinando los mayores prodigios de aquel niño, que empezó la carrera de la vida con tan faustos agüeros. « ; No lo verán ya mis ojos! exclama enternecido ; pero este nietecito será dechado de aplicación y honradez, y hará famoso en el lugar el nombre de sus padres, el mío y el de todos vosotros. ¿ No es verdad? responde, recreo de mi vejez, ¿ no es verdad que no saldrán fallidos mis pronósticos? » Y pagando con un beso el sí que le dará el niño, bajando la cabeza continúa: « ; dichoso tú que has tenido la fortuna de vivir en tiempos en que un señor caritativo se desvela por hacernos felices! Levanta, hijo mío, levanta al cielo tus manecitas inocentes, pidiéndole que colme á nuestro bienhechor de prosperidades. ¡ Plegue á Dios que goce tanta felicidad como á nosotros nos procura! ¡ Ojalá que el Padre de las misericordias, compadecido de nosotros, prolongue su vida á par de nuestros deseos! Y si para conservársela es necesario que otro perezca, aquí tienes, oh Criador del cielo y de la tierra, aquí tienes la de este inútil anciano; y si no alcanza, aquí está la de esta mitad de mi corazón, toma este nieto... » El llanto ahoga sus palabras, todo el concurso queda en silencio; apenas se oye el nombre del Marqués de Santa Cruz que vuela de lengua en lengua, en tanto que su amor se clava hondamente en todos los corazones.

> D. NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS. Elogio del Marqués de Santa Cruz.

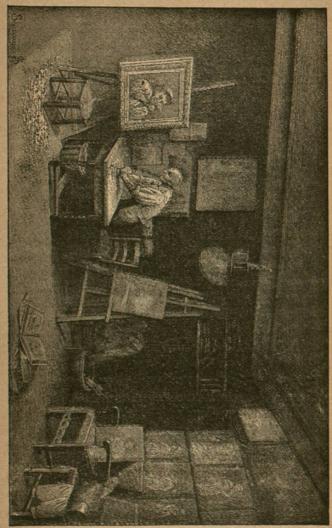
LOS DOS ARTISTAS.

En una callejuela sucia y obscura de Sevilla, había una casa cuya fachada y distribución desde los cimientos á las tejas han sido alteradas por adiciones, sustracciones y composturas sucesivas, hasta mudar enteramente de forma y cambiarla en otra, tan distinta y tan diversa de la que hablamos, que no la hubiera conocido el pobre albañil que con orgullo de arquitecto la concibió y puso su primera piedra, muchos años antes del de gracia de 1616, en que la presentamos á nuestos lectores.

En aquel tiempo consistía la tal casa en dos pisos, si se puede contar por tal una especie de camaranchón de suelo terrizo y de techo bajo que cubría las tres cuartas partes de la sala y al que se subía por una escalera de mano. Este sobrado ó zaquizami es el que nos interesa conocer, y más bien por satisfacer la curiosidad de algún lector ó lectora que se distraería de nuestra relación por el ansia de adivinar el resto de la casa, diremos que ésta se componía, á más de la sala, de un patio grande y cuadrado, una cocina estrecha á un lado y una mezquina cuadra para un caballo al otro, cuadra á la sazón vacía, y sea dicho de paso para no volver más á visitarla.

El camaranchón, ó sea sobrado de que hablamos, tenía dos ventanas opuestas, una que daba á la calle, y otra al patio que hemos mencionado. Cuando se alzaba la cabeza perpendicularmente, al subir el último escalón de aquella escalera y al sacarla por la especie de escotillón que servía de entrada, se veían varios lienzos y tablas, imprimados, apomazados y listos para pintar, que estaban colgados en diferentes sitios de las paredes, advirtiéndose á primera vista que no había entrado en la mente del que los puso, idea alguna de adorno ó simetría en su colocación: pues unos estaban apareados, otros colgando por un ángulo, todos en despilfarro y al descuido, inclinándose más á un

LOS DOS ARTISTAS.



lado que á otro, según que el clavo sobre el que se balanceaban en equilibrio estaba más ó menos distante del centro del bastidor.

Algunas pinturas por concluir, algunos bocetos chispeando de imaginación y viveza, la mayor parte de estudio, acompañaban á los lienzos y tablas, alternando con ellos en adorno y simetría.

Dos ó tres tablas pendientes de cúatro cuerdas y apoyándose en una de las paredes, sostenían y se plegaban en arco al peso de quince ó veinte volúmenes de poesía, filosofía escolástica y otros varios libros de matemáticas y pintura. Junto á ellos había un rimero de dibujos, estudios de hombre, caprichos de pintor, países mal tocados y borrones según se echaba de ver por algunos de ellos que habían rodado y que yacían esparcidos por el suelo. Y más allá y sobre un sillón de encina y dos bancos que habías en el cuarto, otros papeles revueltos con una gorra, unos gregüescos desgarrados, una golilla bastante limpia aún, y un jubón de seda que colgaba de la silla, bañando una de las mangas en un ancho barreño, cuya agua sucia y aceitosa mantenía en remojo y fuera del contacto del aire que los secaría, cuatro ó cinco brochas y pinceles.

Una losa con su moleta aun sucia de albayalde descansaba sobre una mesa de nogal; un gran caballete y un lienzo en él, ocupaban el centro del cuarto, junto á una ventana y á buena luz de norte, entrando por la izquierda. Esta ventana, hábilmente cubierta de lienzo y papel ennegrecido, daba estrecho paso á la luz, que entraba en rayo vivo reflejando sobre la cara de un aldeanillo colorado y robusto, que en actitud grotesca enseñaba dos hileras de dientes anchos y afilados sin duda por el pan de telera, fingiendo la más abierta y extravagante risa, con tales veras, que la hubiera comunicado al más afligido espectador.

D. J. BERMÚDEZ DE CASTRO.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES.

FACIL fué pronosticar, desde el reinado de los Reves Católicos, el riesgo que iban á correr las leyes fundamentales de Castilla: pero al notar el desacuerdo y demasía con que empezó á gobernar su nieto D. Carlos I, no pudo quedar duda de que la libertad tocaba á su postrer término, si no acudían los pueblos á su socorro. Un monarca falto de años y escaso de experiencia, nacido y criado en país extranjero, ignorante de las leves, de las costumbres, y aun de la lengua de la nación que iba á regir, ministros flamencos malvados y codiciosos, sacando á pública subasta los oficios y cargos, vendiendo las gracias del monarca, oprimiendo á los naturales, y colocando en los principales empleos á gente advenediza, que había entrado en España como en tierra conquistada que iba á ser puesta á saco; sangrada Castilla de sus riquezas, y llevadas á naciones extrañas, no en cambio de comercio, sino como precio de injusticias; alzadas á puja las rentas de la corona, y recargadas las contribuciones más onerosas: amagadas las exenciones y libertades de las ciudades más favorecidas; menguados los privilegios de la nobleza, no en pro comunal de los pueblos, sino para quitar también ese freno á la desbocada codicia de los extranjeros; tal era el estado de desorden en que se hallaba el reino, por confesión misma de los historiadores más empeñados en acriminar el levantamiento de los castellanos.

Una circunstancia contribuyó á acelerarlo, colmando la medida á la paciencia de los pueblos, sobradamente reprimido hasta entonces: elegido el rey Don Carlos emperador de Alemania, para suceder á su abuelo Maximiliano, se aprestaba de vuelta de las Cortes celebradas en Aragón, á ir á recibir la corona imperial, y convocó las Cortes para la ciudad de Santiago. Con esta resolución se apuró el sufrimiento de los castellanos: ver á su monarca desatender los

clamores del pueblo, y en vez de reparar sus agravios, partirse á naciones extrañas, dejando huérfano y desamparado un reino tan ofendido y esquilmado por los extranjeros: ver á éstos rodear al seducido príncipe impunes y como en triunfo, aprestándose á abandonar un país en que sólo dejaban descontento y lágrimas, para llevar al suvo los frutos de su rapacidad: convocar las Cortes, no con el objeto de resarcir los perjuicios públicos, sino con el de exigir por despedida nuevas y más graves imposiciones que acabasen de enflaquecer el reino: señalar para la reunión de las Cortes (en vez de un pueblo en tierra llana de Castilla cual fuera la costumbre) una ciudad junto al extremo de la Península, como para facilitar á los que habían saqueado el reino la conducción de su presa, poniéndosela más cercana á los mares : en una palabra, cuanto podía ofender é irritar á una nación pundonorosa, más acostumbrada á sobrellevar la opresión y el desprecio, tanto concurrió á encender los ánimos de los castellanos.

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

FRAGMENTOS DEL HIMNO Á LA LUNA.

¡ Cuántos delitos, cuántos delirios ha abortado la razón humana abandonada á sí misma, y exaltada por las pasiones y por los extravíos de su idea! En las riberas del caudaloso Nilo, el ilustrado egipcio dobla la rodilla ante la vaca mugidora, y ofrece inciensos al espantoso cocodrilo, y el sangriento Odín recibe culto del escandinavo feroz. Los vicios más vergonzosos son divinizados en la Grecia, y á las orillas del Orinoco, ó bien en las abrasadas costas de la Nubía, una piedra informe, un tronco groseramente esculpido, es el fetiche ó el manitú ante el cual el indio inculto ó el africano indolente se postran con estúpido respeto. Sólo

entre tantos errores parece el más disculpable el del hombre que, deslumbrado á la vista del sol y de los astros, les dobló la rodilla, y tomó estas obras maravillosas de la potente diestra del Hacedor supremo por la misma Divinidad. Entre todos, tú ; oh Luna! como la más bella, como la más resplandeciente y benéfica después del Sol, recibiste más particular culto, viendo erigirse en tu honor los soberbios templos de Efeso y de Epidauro, con otros infinitos que son un testimonio de su reconocimiento á tus beneficios, y al influjo que ejerces sobre las plantas y los frutos de la tierra. Quizá llegará el día en que extendidos más y más, con la perseverancia y el estudio, los conocimientos humanos, se nos revele el modo con que tus emanaciones atraen y diversifican los jugos de la tierra; cómo, circulando por los árboles y las plantas, así como por el secreto seno de las mismas, haces brotar la flor brillante y aromática que encanta nuestra vista y recrea nuestro olfato; cómo, en fin, endureces los metales y las piedras brillantes, objetos de la codicia y anhelos del hombre.

Tal vez, también, llegaremos á conocer si es un rayo de luna el que hace amar á la palmera, que balanceando sus flexibles ramas, parece saludar al compañero, sin cuya inmediación permanecería estéril, y privada de los racimos de dorados dátiles, que caen suspendidos alrededor de su elevado y airoso tronco; ó bien si á sus órdenes los céfiros recorren las praderas, llevando en sus alas invisibles el polvillo fecundo, que pasa de unas flores á otras, haciéndolas que se reproduzcan, ó bien las pequeñas semillas que van á cubrir de verdor un paraje lejano del que las produjo. Sobrado sabemos ya del poder de la Luna para que el diestro jardinero y el labrador activo consulten su cambiante faz para elegir el momento de sus trabajos, que confian á su influjo, mientras el Sol alumbra otro horizonte. También varias flores quieren, hermosa Febea, brillar para ti sola. Míralas cómo permanecen cerradas, hasta que al acercarse la noche abren su cáliz euyos bellos matices te muestran. plegándose con presteza al presentarse en el oriente los primeros rayos del día.

También el ruiseñor melodioso, ese Orfeo de los bosques, consagra con preferencia sus cantos á la Luna. Si medio oculto en el follaje, descubre en medio de la noche tu plateada faz por entre las trémulas hojas, que con susurro blando parecen hacer un coro á sus brillantes trinos, su voz se eleva, torrentes de armonía parten de su pico tornado, y embelesado en sus propios conciertos, parece se empeña en superar con nuevos trinos los que acaban de parecer inimitables: las aves todas, enmudecidas y cediéndole la palma, le escuchan silenciosas, hasta que, como si fuera propiedad del mérito el ser sofocado por la envidia y la ignorancia, la ronca y monótona voz de la rana viene á mezclarse á sus cantos embelesadores, logrando que, ofendido de tan importuna competencia, enmudezca y se aleje, dejando el campo á su despreciable rival, que envanecida, juzgando un triunfo el que es sólo un signo de desprecio, une su voz á la de sus cenagosas compañeras, aturdiendo el bosque con sus ecos de victoria.

Da. VICENTA MATURANA.

LAS SILLAS DEL PRADO.

En risueño ademán y galante apostura, sujetada la lira en la siniestra mano, y descansando la diestra, como quien ya no tiene gana de cantar, se alzaba el rubicundo Apolo en el término medio del Prado Matritense, dominando á las cuatro estaciones del año, que yacían acurrucadas á sus pies,

Era la noche, y la señora Diana, aunque algo soñolienta y ajada de amores, había relevado al Dios de Delo en la guardia y centinela de este mundo pecador; con que veíase el hijo de Latona libre aún por algunas horas de este cuidado que no lo es corto, ni discreto, el haber de consumirse